

Marin y Yoné Ca 2528

81-7-A-N7

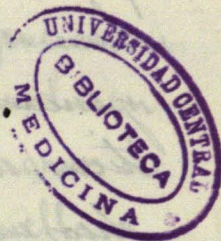
705

Discurso para los ejercicios
del Doctorado en Medicina
y Cirujía por José M^a
Marin y Lopez.

1883.



Excmo. Sor.



Tanto los sistemas filosóficos, como los políticos y religiosos, son un testimonio elocuente de que no es el mayor ó menor grado de verdad en las ideas lo que hace muchas veces que éstas encuentren eco en la opinión pública, sino el que sean más ó menos reducidas y alhagüeñas; y que lo que acontece con estos sistemas sucede también con los sistemas médicos, es un hecho innegable, hecho que yo mismo he podido apreciar en más de una ocasión al ejercer mi honrosa profesión como médico de partido en ciertos pueblos, donde no es raro



618473489



que un ignorante, en cuyos oídos han sonado dulcemente las bellas y encantadoras teorías homeopáticas, se atreva a censurar al médico, cuando para salvar al enfermo, se ve obligado a emplear un tratamiento energético, y que otro, sin haber pisado las aulas, y careciendo, por lo tanto, de conocimientos en la difícil ciencia de curar, pero que ha oído hablar de homeopatía, y esto le basta, pregone por doquiera los maravillosos efectos de sus microscópicos globulillos, lastimando de paso con su crítica mordaz a los que no son partidarios de tal sistema, que tiene más de sofístico, que de real, como voy a demostrar en este discurso, razón por la que he ele-

gido el siguiente tema: Las enfermedades se curan o se alivian, en general, con sustancias medicinales, que producen en el organismo efectos contrarios a los que se manifiestan en aquellas:
tema, en mi concepto, importantísimo, por cuanto ha sido, y es aún, muy, discutido por eminencias médicas, y porque él es el que sirve de brújula al que se dedica al ejercicio de la ciencia que tiene por objeto restituir la salud a los que han tenido la desgracia de perder ese bien tan precioso y tan poco apreciado por la humanidad.

Para desarrollar mi proposición no tengo más que recurrir a la historia, correo de los tiempos pasados, como la llamaba Cicerón, en cuyas pá-

ginas se halla escrita, por lo que á la medicina se refiere, la vida científica de los hombres que han dedicado su privilegiada inteligencia y esclarecido talento á cultivarla, y expuestos con claridad y desapasionadamente los diferentes sistemas que se han sucedido desde que la medicina fue elevada, como la correspondía, á la categoría de ciencia.

Engolfados, allá en los tiempos remotos, los que se consagraban al estudio del arte de curar, en la explicacion de ciertos hechos que permanecen aun ignorados en nuestros dias, á pesar de tantos medios de investigacion como nos propor-

cionan la anatomía y las ciencias naturales para ellos denotadas, y careciendo, por lo tanto, de esos medios que les pusieran en conocimiento de los diferentes órganos que componen la complicada máquina humana y de la manera como cada uno de por sí, y reunidos formando aparatos, funcionan ordenadamente, concurriendo con su actividad á las diferentes manifestaciones de la vida, claro está que les era imposible poder comprender el organismo humano enfermo, estando así reducida la medicina al empirismo y misticismo en que la tenía sumida una filosofía mal entendida; y hubiera seguido

en tal estado por largo tiempo, á no haber aparecido un hombre célebre que proclamó su autonomía sobre bases tan sólidas y, apoyado en razonamientos tan profundos que han llegado hasta nosotros al través de tantas vicisitudes por que ha pasado la sociedad en la inmensidad de años transcurridos desde el año 460 antes de J. C. en que vivió.

Hipócrates de Cos, fué quien con su preclaro talento logró colocar la medicina á la altura que la corresponde; quien declaró á la observación fielmente interpretada por un recto raciocinio, como cualidad indispensable para

llegar á adquirir los conocimientos necesarios de las enfermedades y poder ser útiles á la humanidad doliente; quien fundó los principios fisiológico, etiológico, nosogénico, pathogénico y terapéutico, sentando en este la proposición que sirve de tema á este discurso, proposición que encierra una gran verdad como se desprende de las razones que alegan los que siguen esta máxima y del error en que se encuentran los que defienden lo contrario. razonamientos sólidos y de fácil comprensión aducen los primeros; hipotéticos é incomprensibles á la razón natural son las ideas que emiten los segundos, y efectivamente tiene que suceder esto, por que pa

va persuadir al que está equivocado, siempre que se encuentren íntegras sus facultades intelectuales, no se necesitan tener grandes conocimientos del ramo del saber que se discute, así como para llevar la convicción de los errores al ánimo del que está en posesión de la verdad es necesario aguzar el ingenio y usar de todos los medios imaginables para hacerle caer en el lazo que involuntariamente se le tiende; así y todo, si se logra coger en la red algún incauto es por poco tiempo, pues la verdad siempre vence al error. He ahí el porqué de la decisión que toman los que se dedican al estudio de la medicina de colocarse al lado de los

médicos que, considerados como autoridades, siguen las huellas de sus predecesores, que, sin acudir a sueños estáticos, figuras, imágenes y visiones, han dejado consignados en sus notables escritos ciertos principios basados en raros conocimientos profundos sacados de la experiencia.

El célebre Aesculapio de Coos en su principio terapéutico dejó sentado lo siguiente: La fuerza vital (enormon) por su tendencia conservadora es curativa, y el médico tiene obligación de saber cuándo y cómo debe intervenir en su auxilio con medios eficaces, en cuyo caso deberá proceder, en general, substituyendo las condiciones morbosas por otras que sean com-

pletamente opuestas.

No hay más que fijarse en la manera de describir el principio terapéutico para persuadirse de que este gran hombre en sus doctrinas condenó siempre el eclecticismo, pues al indicar el proceder del médico cuando tiene que acudir con sus medios en auxilio de la naturaleza, aconseja que se sustituyan las conclusiones morbosas por otras que la sean completamente opuestas, y esto, en general, no en absoluto, como estableció el célebre médico de Pérgamo, que, siendo una notabilidad en el siglo segundo de nuestra era, ha sido censurado por el modo que tuvo de comprender el

principio terapéutico sin admitir las excepciones que siempre existen en las reglas generales.

Por lo demás, Claudio Galeno fundó un sistema que no era más que el naturalista con las modificaciones necesarias a los adelantos de la época, sistema que fue considerado y respetado por los médicos de más renombre, y en este concepto ha llegado hasta nuestros días: se conoce este sistema con el nombre de eclecticismo.

A la creación de tal sistema siguió bastante tiempo de calma para las ciencias, sorteándose apenas el dogmatismo antiguo, hasta que, llegado el periodo conocido en la historia

con el nombre de renacimiento,
los médicos más notables del siglo
XV y **XVI** se dedicaron a hacer
versiones de las obras de Hipó-
crates y Galeno, inaugurando
la época de enlace entre la
ciencia antigua y moderna,
el periodo llamado erudito;
y cuando a todos ellos guiaba
el noble fin de hacer progresar
la medicina tanto cuanto las
circunstancias revolucionarias
la habian hecho retroceder,
aparece el suizo Paracelso con
nuevas y extrañas teorías y
queriendo marcar distinto rum-
bo a la ciencia médica se sepa-
ra de todos sus contemporáneos,
ataca con dureza y tenacidad
a los sabios griegos, árabes y la-

tinios, considera como causa inma-
terial y primaria de todas las co-
sas el archeo, los elementos alquí-
mistas, sal, azufre y mercurio,
y el influjo de los astros; y como
causas morbificas, los venenos,
la influencia de Dios, las in-
fluencias invisibles y la influen-
cia sideral; compone un libro
al que intituló Paragramo, y
combate, no solo todas las bases
que habian dejado consignadas
en sus notables escritos Hi-
pócrates y Galeno, sino tambien
el principio terapéutico que es-
taba admitido por todos los de-
votos médicos.

Explicando el modo
que tenia de entender el prin-
cipio terapéutico decía: Que ha

bia en cada parte del organismo humano un arcano que tenia su homologo, o sea su igual, en el exterior, que le era relativo y fortificaba al interior: Se propuso extraer de las sustancias sus principios activos o quintas esencias, pues cuanto menos materia contenga un medicamento con más actividad obra en el organismo y al estar desprendido de la materia que le compone mantiene la virtud inmaterial e invisible que llamaba secreto o misterio: con estas y otras tesis tan absurdas creyó tener derecho a que admitiesen tan extravagante innovacion los demás médicos; pero estos continuaron sin interrupcion

el trabajo comenzado, sin tener en cuenta para nada al que, para dar explicacion del conocimiento de la vida, tenia que apelar a causas sobrenaturales que no correspondian a lo que demuestra la experiencia y comprende la razon; y este sistema místico, por cuanto no admitia la observacion razonada o experiencia para llegar al más exacto conocimiento de los diferentes manifestaciones morbosas, es el origen del sistema homeopático u' homeopatía, por más que al despertar despues de un sueño de tres siglos le quisieran presentar sus partidarios como modernos, sin considerar que no han hecho otra cosa que conti-

nuar la obra emperada por un alquimista que en su época no tuvo más secuaces que otro visionario como él, Van-Helmont, quien un cuarto de siglo más tarde intentó proseguir la reforma iniciada por Paracelso, apoyándose en los mismos argumentos que éste, pero añadiendo las imágenes, figuras, y sobre todo, los menes estaticos, durante los cuales se consideraba inspirado por una luz infante, no obteniendo mejores resultados en la propaganda de sus visionarias ideas que Paracelso, pues aún cuando tuvo al principio algún adepto, fue debido, más bien a la novedad que presentaba

un sistema tan extraño, que a la convicción que pudieran adquirir de la verdad de las doctrinas confundidas; cayendo, por último, en el olvido, hasta a principios de este siglo se dio a conocer en Alemania Hahnemann, que se propuso plantear de nuevo el sistema de Paracelso.

Antes de entrar en la exposición del sistema de Hahnemann, es necesario decir algo de otro sistema parecido al homeopata en la manera de administrar las sustancias medicinales, me refiero al metodismo, fundado un siglo antes de la era cristiana, que consideraba al cuerpo del hombre compuesto de un con

junto de átomos que entre sí de-
jaban poros de diferente figura
y extensión, al través de los cua-
les pasaban otros del exterior
que se fijaban por afinidad
en la masa común ó salían
fuera del cuerpo, reduciéndose
las causas de las enfermedades
al mayor número de átomos
que no encontraban, ya por
su velocidad, ya por su lenti-
tud, fácil paso al través de los
poros, y limitándose, por lo tan-
to, las enfermedades á dos estados,
el de constricción y el de rela-
jación, y la terapéutica á ha-
cer cesar el predominio de es-
tos dos estados, pronto, con se-
curidad y sin dolor, para
restablecer el curso de los átomos

por los poros, y como en aquella
época estaban tan pervertidas las
costumbres en Roma, fué acogido
tal sistema con bastante compla-
cencia, por que en la práctica
ofrecía curar *ixi, tuto y juvende*,
que es lo que también promete la
homeopatía; sin embargo, que los
partidarios de aquel sistema cre-
ado para aquellas circunstancias
y cuya manera de explicar la
actividad funcional era tan sen-
cilla, al tratar la constricción
ó relajación, unicas enfermeda-
des que admitían procuraban
emplear sustancias que produ-
jeran efectos contrarios, sin ocur-
rirelas la idea de haber tratado
la constricción con ejercicios y la
relajación con baños, en cuyo ca-

so hubieran sido los metodistas los primeros que iniciaran la homeopatía, como lo hizo Paracelso algunos siglos despues.

Ambos sistemas, el metodista y el homeopata, tienen entre sí, en algunos puntos, bastante analogía, siendo el principal captarse las simpatías del público tratando las enfermedades sin molestias y hasta procurando placer al paciente, y sin emplear tratamientos que, como el anti-flogístico y revulsivo, suelen repugnar los enfermos. Ahora bien: ¿Cuántos enfermos no habrían sido arrancados de las garras de la muerte por estos dos últimos tratamientos? ¿Y por el contra

rio: ¿Cuántos casos semejantes podrán presentar los partidarios del sistema atomístico con el tan agradable que ellos emplearon y que emplean hoy los homeopatas? Esto poneba que al administrar los medicamentos en la forma que lo hacen no les guía un noble fin, y si, al hacer esto al público, dar importancia a un sistema que ni tiene, ni puede tenerla por sus raros principios.

Hahnemann, que, como ya hemos visto, se dio a conocer en Alemania, creyéndose iluminado para conocer y difundir la verdad en medicina, apostrofó a los más célebres médicos; empleó la sátira contra

los sistemas mejor reconocidos, proclamando al homeopata como el único verdadero; aceptó como método filosófico el experimental, juzgando que el espíritu nada puede conocer cuando se separa de la observación; escribió un libro, denominado *Organon*, en el que consignó sus principios, conformes unos con las declaraciones que había hecho antes, y enteramente contrarios otros; consideró la enfermedad como una aberración dinámica que sufre nuestra vida espiritual en su modo de sentir y obrar, afirmando que las de carácter crónico, exceptuada la sífilis, están sostenidas por

un virus al que llamó *psórico*.

En cuanto al principio terapéutico, le estableció en la misma forma que Paracelso, pues dejó sentado que los cambios patológicos producidos por los males en el modo de sentir y obrar no pueden ser curados sino por los medicamentos que tengan la propiedad de producir en el organismo efectos análogos y por medio de la atenuación su virtud dinámica emplean dosis en dosis infinitesimales, para de este modo obtener el desarrollo conveniente de la fuerza vital, toda vez que, según él, la acción medicatrix se desarrolla en razón inversa de la porción empleada.

La cantidad que tomaba de sustancia medicinal para confeccionar sus preparaciones farmacológicas era el grano, que mezclaba con un producto inactivo, generalmente el azúcar de leche, en proporción de 100 partes, de ésta mezcla tomaba un grano que volvía a mezclar con otras 100 partes de azúcar, y así sucesivamente hasta la trigésima vez de repetir la operación, en cuyo caso suponía estar ya el medicamento en condiciones de obrar de una manera energética: si quería administrar éste líquido, la atenuación la convertía en dilución poniendo el grano en 100 de agua para seguir el mismo procedimiento hasta

la trigésima dilución: este procedimiento tiene por objeto dinamizar las sustancias medicinales para que se aumente su actividad, supuesto que, cuanto más se divide, más energía adquiere.

Este extraño sistema, compuesto de principios contrarios, — pues el fisiológico es empírico, no reconoce el etiológico, proscribido el nosológico ya que considera la enfermedad por el conjunto de síntomas, sin tener en cuenta que estos no son otra cosa que los efectos de la enfermedad sostenida por una causa, ni apreciar la evolución ordenada y constante que los síntomas guardan según la índole de la dolencia; el principio

terapéutico es hipotético y opuesto al sentido común, tanto por lo que se refiere a la manera como han de obrar los medicamentos en el organismo para que den resultado satisfactorio, como a las dosis infinitesimales que quiesen darlos, por creer que así se aumenta su virtud.

Desrita a la ligera la historia del principio que dejara sentado el célebre Aulepiades de Coos, y expuestas las absurdas doctrinas de los que no le admiten, voy a hacer la comparacion de ambos sistemas para deducir en consecuencia cual es el que está en armonia con la razon y cual el que se separa de ella.

La medicina es una ciencia experimental, necesitanda para su progreso y llegar a conseguir el conocimiento de sus leyes con la mayor perfeccion posible dos elementos, el objetivo, exterior o fenomenal, y el subjetivo o interior; el primero es el cuerpo que se presta a nuestro estudio indicando nos algunas veces los fenomenos con bastante claridad, y el segundo está en la razon del observador y procura comparar los fenomenos que en aquel cuerpo se presenten con otros, para poderles dar el valor que les corresponde; de manera que en estos dos elementos encontramos los medios para el estudio de toda ciencia experimental, pues en el objetivo tenemos materia del cons-

cimiento, y en el subjetivo la forma de ese conocimiento; el uno se encarga de suministrar datos a la razón que no están en ella misma, y el otro les da el valor que les corresponde por medio de la razón.

Ahora bien, considerado el objeto que se propuso el padre de la medicina al reconocer estos elementos como bases fijas y seguras para adquirir un profundo conocimiento de los diferentes fenómenos que se suceden en el organismo humano en todas las fases que recorre, tanto en el estado de salud o fisiológico, como en el de enfermedad o morboso, no cabe duda que con su esclarecido

talento llegó a ver en el hombre dos estados, el físico que le corresponde como a todos los seres, pues cual ellos, está sujeto a las leyes generales de la naturaleza, y el moral, por cuanto está separado por su inteligencia de esos mismos seres, y de aquí que para el estudio del organismo humano separara los medios de investigación, logrando con el elemento objetivo el estudio del hombre por lo que se relaciona con su estado físico, y por el elemento subjetivo lo concerniente al conocimiento del hombre como superior a los demás seres del universo; y al unir estos dos elementos, conseguir comprender la complicada máquina

del hombre, tal cual se encuentra constituida en su conjunto armonico, resultando con la fusion del estado fisico con el moral las diferentes manifestaciones del ser mas perfecto que saliera de las manos del Hacedor.

Discurriendo sobre las bases en que fundo su sistema Hipocrates, consiguiendo con él medios suficientes para poderse dar explicacion del modo con que llegan á producir resultado los medicamentos suministrados para ayudar á la naturaleza á vencer el agente morbifico que tiende á destruirla, se consideran profundamente los razonamientos en que apo-

ya sus doctrinas, que pueden reunirse en esta asercion que dejó sentada al tratar de la ciencia medica. "La verdadera fuente para llegar á poseerla es la observacion fielmente interpretada por un recto raciocinio."

En cuanto al sistema Hahnemann, está fundado sobre bases tan falsas y con teorías tan estranas e incomprendibles que por si solas bastarian para destruir la homeopatía, si su mismo autor en el ya referido libro no se hubiera encargado, en fuerza de contradicciones, de demosttar lo extraviado que se encuentra al discurrir sobre la ciencia que trata del hombre, razón por la que su sistema fue reputado

en el olvido por la clase médica, hasta que vuelvan a esplumarse otro alquimista cual Paracelso o partidario de la magia cual Van-Helmout.

Que en su Organon se propuso atacar a los médicos que no siguen sus ridículas creencias y alhagar al público, desechando todo tratamiento, se deduce de la simple lectura de sus notas, en una de las cuales dice: "La homeopatía no vierte una sola gota de sangre; no purga, ni hace vomitar jamás; no repercute ningún mal externo por medio de topicos, ni prescribe baños calientes ni lavativas medicinales; no aplica vejigatorio

ni sinapismos, ni solales o cauterios; nunca evita la salivación, ni que una las carnes con el moga o hierro rugiente." De manera que no cree necesario ningún medicamento para curar las enfermedades, echándose de ver como una contradicción que perjudica mucho al sistema homeopático, que tiene bastante de especulativo, puesto que sus partidarios no tienen inconveniente en sentar como principio fundamental de su doctrina la ineficacia de la naturaleza en las enfermedades, como se desprende de otra nota del mismo libro que dice: "La alopatía de la antigua escuela, no contenta con exagerar mu-

cho los esfuerzos de la grosera naturalera, les daban una pésima interpretación, imaginándose sin fundamento que son verdaderamente saludables." Y en cambio, en otra nota sin pugna los vomitivos aunque haya en el estómago sustancias alteradas, asegurando curar y restablecer el orden de la economía en general, y del estómago en particular, solo con hacer respirar al enfermo una sola vez, un glóbulo de arveas tan grueso como un grano de mostaza y que esté empapado en el jugo muy dilatado de purgativa, añadiendo á continuación "Jamás recla-

ma vomitivos un estómago lleno de alimentos, pues en semejantes casos la naturalera sabe desembarazarse de ellos por los vomitos espontaneos que excita."

Con esto basta para juzgar á los partidarios de este sistema, tan acomodaticios á las circunstancias, que tan pronto combaten á los que creen en la tendencia curativa de la naturalera, como dice no deben darse vomitivos, por que esta se encargará de la curacion; de manera que un sistema, que tales defensores tiene no puede menos de caer en el desprestigio con su autor.

Cada uno de los sistemas

presentados para comparar y deducir cual es el que debe seguir el médico a la cabeza del enfermo, nos demuestran su origen y sus principios, siendo, por tanto, el mejor el que iniciado por una celebridad de todos respetada, se funde en bases más sólidas y sea de más ventajosos resultados para la práctica de la ciencia médica. Comparemos.

El origen del sistema, entre cuyos principios se halla el propuesto por tema de este discurso, es debido como ya he indicado, al célebre Hipócrates, cuyo preclaro ingenio ha sido reconoci-

do por la generalidad de los hombres más eminentes que se han dedicado al estudio de la medicina; y los principios en que se funda son claros, justos, razonables y en armonía con lo que nos enseñan la anatomía y fisiología; por lo que respecta al principio terapéutico está basado en razonamientos tan sólidos y profundos, cual pueden ser en toda ciencia experimental los que proceden de la observación interpretada por un recto raciocinio; he aquí por qué el que sigue este sistema, encuentra en el principio terapéutico el consuelo que se ali-

via, y es su porvenir, al darle recursos para cumplir con el noble cometido que se ha impuesto, y por él no tiene inconveniente el práctico en formar un buen pronóstico que se realizará, siempre que cumpla con exactitud el enfermo las prescripciones que le recomienda.

El origen del sistema homeopático es debido a la exaltada imaginación de Paracelso tenido por todos los médicos de su época por un visionario, y los principios en que se funda tan raro sistema son tan repugnantes a la razón natural, y a la vez, tan contradicto-

rios, que no pueden formar un verdadero sistema médico; no reconoce causas en la producción de las enfermedades prescribe las clasificaciones, y no emplea tratamiento alguno para corregirlos puesto que las sustancias medicinales, empleadas en la forma que él indica, desaparecen. ¿Y qué concepto merece un sistema fundado en tan ridículos principios que no reconoce la eficacia curativa de la sabia naturaleza? Si en lugar de ocuparse en crear teorías tan desprovistas de razón, se hubieran dedicado a estudiar la naturaleza del hombre, habríanse convencido de los esfuerzos que ésta hace para restablecer el organismo cuando está enfermo, al estado de salud; mas

trando con sus naturales manifestaciones al observador lo que debe hacer, cuando se le presenten casos como aquel en que no sea bastante la fuerza de su principio vital, y versa como una afección diatéctica fijada en algún órgano importante desaparecía al presentarse una erupción en la piel, y como la inflamación de las mucosas con otra cutánea, las congestiones cerebrales con la aparición de hemorroides, y un estado pleórico con la epistaxis: pues bien, la naturalera nos ha enseñado que debe hacerse en estos y otros casos análogos, y de ahí los tratamientos transpositivos, revulsivos, derivativo y antiflejástico: de modo que el sistema homéo-

patá se separa del principio terapéutico, que es el encargado de probar a la humanidad que la medicina es una ciencia, que es la esperanza del médico, pues por él puede dar satisfactoria explicación a los pacientes de la terminación que han de tener sus dolencias, siendo, por lo tanto, la base del pronóstico tan necesario al práctico.

Resulta de lo que llevamos expuesto que el sistema naturalista es el recogido por la observación agrida, fundándose el terapéutico, al establecer sus diferentes tratamientos, en los que la sabiduría naturalera ha indicado como tratamientos naturales; así que, cuando aquella no sea suficiente

con su resistencia a vencer el agente morbífico que tiende a destruirla, por cuya causa tenga el práctico que emplearlos en conformidad con lo que aconsejan la anatomía y fisiología normal y patológica, puede estar seguro que sigue el verdadero camino que conduce al engrandecimiento de la ciencia médica y tener tranquila su conciencia, al poderse explicar el porqué de los fenómenos que se presentan en la complicada máquina humana, sin necesidad de acudir a medios sobrenaturales que repugnan al sentido común, y que, en el mero hecho de ser tales, dejan de pertenecer al dominio de la inteligencia humana: Que el sistema homeopático, que no reconoce la eficacia curativa de

la naturaleza, ni causas que puedan alterar el equilibrio de las funciones del organismo humano constituyendo ese estado anormal o morboso que se llama enfermedad, que no quiere colocar éstas en grupos que las distinga unas de otras habiéndose más fácil su estudio: que cree que en una enfermedad, para corregirse, se necesitan sustancias que la fomenten, lo que no puede ser más arbitrario, porque si el organismo no puede resistir una dolencia cuyo grado de intensidad sea como los, menos podrá, si esa intensidad se la aumenta con las sustancias medicinales, y que reduce a cero la sustancia activa del medicamento por medio de

unas preparaciones farmacológicas, no es un conjunto de principios unidos entre sí sobre una materia, sino un agregado de anomalías y contradictorias ideas, que debiera titularse, mejor que sistema, con otro nombre más propio que no quiero conignar.

Esto sentado, ¿Qué calificativo merecen los que se atreven á proponer para la curacion de las enfermedades sustancias medicinales que produzcan en el organismo efectos idénticos á aquellos, y en la práctica engañan ignominiosamente á los incautos que ponen en su mano lo que más se estima, la salud, prometiendo les dar medicamentos que les curen pronto, bien y

sin dolor, y luego les hacen tomar una sustancia inactiva bajo la forma que dan á sus famosos globulos? ¿No está bien claro que cambian el noble y desinteresado objeto que guía á la ciencia médica por un comercio indigno de todo hombre honrado? ¿No se desprende de sus mismas teorías, (pues ellos mismos demuestran con la forma de sus preparaciones que no dan medicamento alguno,) que si tienen los que á ellos se entregan la suerte de recuperar su salud es debido solamente á la resistencia de su principio vital que tan sistemáticamente niegan? Y en cambio, los que procuran dar medicamentos que, al producir efectos opuestos á los que se manifiestan

en las enfermedades, contrarresten la acción de aquellos ayudando á la naturaleza á destruir el agente morbífico que tiende á destruirlo, no obran con arreglo á los consejos de sus notables antecesores?

¿No están en conformidad con lo que la patología, testimonio de una antigua y constante experiencia, nos enseña? ¿No se desprende de que en virtud de esta conformidad han estudiado ántes los órganos (anatomía descriptiva) y su composición íntima (histología normal) así como la manera que tienen de funcionar (fisiología) resultando de todo esto las diferentes manifestaciones de la vida? ¿Estudiando al hombre en estado normal

y las causas que pueden alterar su salud? No es más racional repararle de aquellas causas que alteran la coordinada funcionalidad de sus órganos, que sujetarle á estar bajo su acción como quiere la escuela homeópata?

Además, en el cadáver se investigan los órganos y se encuentran lesiones que nos indican la causa ó el efecto de la enfermedad que paralizó aquel organismo. Luego de nada sirven las numerosísimas observaciones que se han hecho y hacen en aquel por notabilidades médicas, ora estudiando los órganos con ayuda del microscopio y la química (anatomía patológica) ó bien con estos mismos poderosos auxiliares la intimidad de los

tejidos (histología patológica) para
convenir a los homeopatas que
las enfermedades reconocen
una causa para su desarrollo?
¿El estudio de la anatomía e
histología patológica no descu-
bre en las lesiones de los órga-
nos los efectos de sustancias
que, al ser introducidas en el
organismo le han destruido?

De estos hechos no se deduce
claramente que el organismo
puede muy bien admitir ciertas
sustancias que lleguen a al-
terar su funcionalidad pero
que, si se emplea la misma sus-
tancia que le ha producido u
otra análoga, se ocasionan lesio-
nes que terminan con la vida
de aquel ser? ¿que si se hace

uso, por el contrario, de una sustancia
que contrareste la acción morbífica con-
vertirá en cuerpo inactivo lo que de-
jándolo obrar solo, o activándolo con
otro idéntico, hubiera obrado como
un veneno?

De manera, que observando
la naturaleza, ella misma nos
indica los tratamientos que de-
bemos emplear para restablecer
le al estado normal cuando
por una causa cualquiera sea
perturbado; las lesiones anató-
micas nos enseñan que hay sus-
tancias que introducidas en el
organismo destruyen tejidos y
que si antes de su destrucción
se logra dar entrada a otra que
produzca efectos contrarios, se neutra-
liza su acción; así es que de la

sabia naturalera que tambien supo estudiar el padre de la medicina, es de donde este tomo su principio terapeutico. ¿Y siendo esto una verdad incontrovertible, ¿qué objeto se propone la escuela homeopática al no dar medicamentos ni reconocer la eficacia curativa de la naturalera? Ya lo hemos dicho y volvemos a repetirlos: alhagar al publico y explotar su credulidad.

Queda, pues, plenamente demostrada la verdad de nuestra proposicion, y por tanto la falsedad del sistema homeopatico.

He terminado Excmo. Sor., mi tarea, y abrigo la

confianza de que este discurso, si carece en su forma de la elegancia y correcto estilo con que debiera estar adornado para ser digno de la alta y reconocida ilustracion de V. V. E. E. y proporcionado al auto tan solemne que hoy tiene lugar en este recinto, testigo fiel de notables producciones, ya que en su fondo no es científico es al menos la expresion sincera de las opiniones de su autor y de las profundas y arraigadas convicciones que tiene en el principio terapeutico basado en la observacion interpretada por un recto razonamiento, como el unico que puede llevar al practico a la realizacion de sus meritorias aspiraciones.

siendo éste el principal motivo
que le incluyó á escoger entre
tantos como cuenta la ciencia
médica el tema *contraria contra-*
ribus curantur. He' dicho.

José M.^o Marin Lopez



Madrid 12 de Junio de 1883.